III

EL AUTOR

UN prolongado silencio envuelve al hombre con cuya obra arrancan, propiamente, los estudios históricos sobre la región veracruzana. Nunca antes, siquiera, habíasele discernido mérito tal. Falto su nombre de éste justiciero y tardío homenaje, las circunstancias de su existencia ahora nos son desconocidas y nos impiden reconstruir en detalle, las peculiaridades de su vida. Muy pocos son los datos que arrojan las diversas fuentes consultadas.

Pero si pocas noticias se encuentran sobre la vida del autor, en cambio muchas y valiosas nos ofrece su familia, una de las prominentes entonces en la jurisdicción cordobesa. Es gracias a tal privilegiada condición alcanzada por los suyos que ahora podemos penetrar en las grandes líneas modeladoras de su personaldad, debido a que la relevancia familiar se infundió en muchos de los principales acontecimientos lugareños, los cuales, necesariamente, han sido recogidos por la Historia.

En realidad, el nombre de Valero se repite con afortunada frecuencia a lo largo de los primeros si-

glos de historia cordobesa. A ella quedan indeleblemente enlazados desde sus primeros días. Por ésto, no se juzga excesivo el referir aquí las diversas circunstancias y situaciones en que participaron muchos de los miembros de esta familia, medularmente patriarcal y representativa de la Colonia en la Provincia Veracruzana, y además importante como uno de los núcleos que cooperó a la fundación y desenvolvimiento de Córdoba, una de nuestras ciudades en la actualidad más ricas y prósperas.

El nombre de Valero significa en latín valioso. Y en Valencia tuvieron su origen los de este apellido formado desde la penetración romana. De la pintoresca Provincia mediterránea partieron a las Indias a principios del siglo XVII, para fijar su residencia en el húmedo pueblo de San Antonio Huatusco. Aquí se dedicaron a la agricultura Alonso y Juan García Valero, quienes en 1618 y formando parte de los célebres "Treinta Caballeros" fundaron la Villa de Córdoba, gracias a la autorización concedida por don Diego Fernández de Córdoba, décimo tercer Virrey de la Nueva España, en cuya memoria se impuso su nombre a la población, distinguida además por el monarca Felipe III, quien le otorgó como escudo los propios blasones de la corona. (10)

El proyecto para fundar esta Villa nació de la necesidad de proteger el camino de Orizaba a Veracruz, en donde con frecuencia asaltaban y cometían todo género de tropelías los negros cimarrones

(10) Véase el Nº 4 de la *Revista Jarocha* que dedico a la Ciudad de Córdoba.

escapados de las fincas circunvecinas, en donde su miserable condición de esclavos traídos del Africa constituía la fuente principal de enriquecimiento para sus propietarios. Los antes cautivos y ya para entonces libertados esclavos vivían en el pueblo de San Lorenzo de los Negros, fundado sobre el camino y algo más al sur del paraje después escogido para establecer Córdoba. Pero el temor y la desconfianza que se tenía a los subordinados del caudillo apodado Yanga —el jefe, y en realidad el precursor de los movimientos libertarios en Veracruz—, determinó que se pensara en dar seguridad a dicho camino, poniéndolo a salvo de tales incursiones, mediante la erección de un poblado español, iniciativa especialmente auspiciada por los agricultores del vecino Huatusco, quienes temían por sus productos que enviaban a Veracruz o México. A ello se debió que de este pueblo salieran los famosos "Treinta Caballeros" fundadores de la Villa de Córdoba, entre quienes se contaban Alonso y Juan García Valero, radicados definitivamente ahí. (11)

Prolijo sería referir todas las circunstancias en que se movieron los miembros de esta numerosa familia, en Córdoba, donde alcanzó en muchas ocasiones los más altos cargos oficiales, tales como los de Alcalde, Regidores y Alférez, éstos últimos los únicos autorizados para portar el pendón real, máxima distinción en los pueblos de la monarquía. Co-

(11) Próximamente publicaré en la Serie Biografía de la *Colección Suma Veracruzana* mi semblanza de Yanga, en la cual incluiré la interesante descripción que hace de tales campañas el sacerdote jesuita Laurencio.

mo consecuencia de haber sido fundadores, ambos hermanos lograron extensas mercedes de tierras además de haberse despachado en su favor títulos de hidalgos, condición que seguramente ya tenían, pues el Señorío de Valero, después convertido en Marquesado, pertenecía a la familia que aún radicaba en España, de la cual uno de sus miembros vino como Virrey, don Baltazar de Zúñiga, Marqués de Valero y quien gobernó de 1716 a 1721. (12)

Don Juan García Valero fundó la Hacienda de Nuestra Señora de Guadalupe, en la que introdujo el cultivo de la caña de azúcar, en 1642, transformándose así en el primer hombre que sembró la planta que junto con el tabaco habría de ser la principal fuente de riqueza en la comarca. Hijo suyo fue don José Valero Caballero y Gragera, de quien, por el paralelismo que existe con el autor de la Cartilla Histórica, si deben darse algunas noticias.

En Puebla nació y ahí estudió en los Colegios de San Pedro y de San Juan, ordenándose como sacerdote. En ellos enseñó filosofía y teología, para encargarse después de las Parroquias de Veracruz y de Tlaxcala, de donde pasó, en 1687, a la de Córdoba. Aquí fundó el llamado Barrio de los Naturales de San Miguel; erigió la ermita de San Sebastián y proyectó la capilla del Calvario. Designado canónigo de la Catedral de Oaxaca, allá marchó para ocupar igual cargo, después, en Puebla,

(12) Su biografía podrá consultarse en la monumental obra del xalapeño don Manuel Rivera Cambas, "Gobernantes de México," que actualmente imprimo continuada y prologada por mí.

Presbítero don José Antonio Rodríguez y Valero según dibujo copiado de la ilustración que el doctor Enrique Herrera Moreno incluyó en la carátula de su obra "El Cantón de Córdoba."

época en que volvió a sus cátedras y de las cuales fue alumno su joven sobrino José Antonio Rodríguez y Valero, cuya vida y obra motivan el presente Estudio Preliminar.

Don José Valero Caballero y Gragera fue hombre de vasta cultura y distinguido orador sagrado. En 1677 publicó en México su "Sermón de gracias por el feliz viaje y milagroso escape de la Armada de España," en cuyo tema insistió dando a luz, también, el "Sermón Eucarístico por la felicidad de las Armas Españolas."

Indudablemente, él constituyó un ejemplo en la formación y tendencias de su sobrino. Así se impone pensar por el paralelismo que se encuentra en la vida de uno y otro. Ambos fueron sacerdotes, humanistas y oradores. Los dos desempeñaron el mismo cargo de curas en la Parroquia de Córdoba, realizando, en bien de la población, obras análogas. Y ambos, también, gustaron de la historia y fueron aficionados a escribir. Tales datos ponen en relieve las características de sus vidas, desenvueltas en el mismo ambiente territorial y familiar. La proyección religiosa y la enseñanza seminarista estructuraron sus personalidades y les llevaron a ejercer el ministerio parroquial, en donde representaron a la primera autoridad eclesiástica, entonces tan influyente. Esto les ofreció la mejor perspectiva para comprender a la población y para mantenerles ligados a los acontecimientos. De la memorización de los mismos a su registro ordenado y escrito, es decir, a su narración histórica, no hay sino un paso, fácil

de franquear si se advierte que el antiguo arraigo de la familia, en el lugar, despertaría el interés entre sus miembros más preparados intelectualmente, para recoger y consignar las tradiciones locales en que de modo tan principal habían figurado sus antecesores. Y aquí nos encontramos ya en presencia del marco que favoreció y condicionó la aparición del historiador lugareño.

La fecha en que nació José Antonio Rodríguez y Valero se desconoce, aún, pendiente de localización el acta parroquial de su bautismo. Pero lo más probable es que haya sido a principios del siglo XVIII, ignorándose también quiénes fueron sus padres. En época tal no existían colegios de enseñanza superior en la Provincia de Veracruz, pertenecientes a la jurisdicción eclesiástica del Obispado de Puebla, razón por la cual enviaban a su hijos las familias ricas de la región a la Angelópolis, con el propósito de que en sus buenos seminarios continuaran sus estudios

Por el Seminario Palafoxiano de Puebla pasaron las generaciones de intelectuales veracruzanos producidas en la Colonia, hasta que fueron surgiendo los colegios superiores, iniciados con el de Orizaba, (13) el primero entre todos y fundado a raíz de que la Provincia se transformó en el Estado de Veracruz. En el Palafoxiano se formó Rodríguez y Valero al cuidado de su tío, profesor de filosofía y

(13) Sobre este interesante tema puede consultarse "Ensayo de una Historia de Orizaba," por Joaquín Arróniz, con Prólogo de Leonardo Pasquel y reeditada en la *Colección Suma Veracruzana.*

teología, y ya anciano canónigo de la Catedral tras haber sido, durante quince años, vicario en la Parroquia de Córdoba. ¿Cuántas reminiscencias no habrán salido de sus labios, entonces, contando al amado sobrino que seguía sus pasos, noticias acerca de su prominente familia o de los acontecimientos cordobeses? ¿Cómo no imaginar el interés y entusiasmo que ello despertaría en el joven estudiante, alejado de los suyos y bajo el estímulo de la añoranza? ¿Acaso todo esto no infundiría en su alma un creciente afán de información acerca del suelo natal? Seguramente aquí se despertaron la curiosidad e inquietud que movieron al novel historiador lugareño cuando se encontró de nuevo en el solar nativo.

En el Palafoxiano, Valero llegó a ser profesor y de aquí pasó al afamado Colegio de Santa María de Todos Santos, en la ciudad de México. Y una vez ordenado sacerdote logró el Doctorado en Teología en la Real y Pontificia Universidad, circunstancia ésta por demás reveladora de su vocación intelectual, y prueba de que al alcanzar el máximo grado universitario con él ensanchaba sus conocimientos hasta donde lo permitían las condiciones de la época. En la capital actuó como Consultor del Virreinato y desempeñó la Comisaría de la Santa Cruzada. Nuevamente volvió a Puebla para encargarse de sus cátedras en el Seminario, llamado por el obispo angelopolitano quien le designó examinador sinodal. Aquí publicó el año de 1747 su primera obra, titulada "El Valerio, para uso de los Semi-

naristas del Colegio Palafoxiano," plantel al que sentíase profundamemnte ligado y en cuya rica biblioteca acostumbraba abismarse en los clásicos greco-latinos, fuente de la amplia erudición que llegó a poseer, siempre un trasfondo de las frecuentes citas y referencias que menudean en sus libros, escrupulosamente apegados en doctrina y estilo a las proyecciones religiosas y humanísticas que regían, y molde de su formación cultural y espiritual.

En 1749 quedó vacante la Parroquia de Córdoba, promovido a la de Veracruz el sacerdote Diego Martín Larios de Priego. Posiblemente entonces Rodríguez y Valero, ya entrado en años, haya gestionado su traslado al suelo natal, pues así se desprende de todos sus antecedentes mencionados, los cuales deben haberle impulsado en este sentido, deseoso de ejercer el ministerio al lado de los suyos y en bien de la población en que había nacido. Pero no fue sino hasta 1751 cuando se encargó de este curato, estableciéndose en la casa parroquial contigua a la iglesia, aún no definitivamente terminada.

Por entonces todavía la Villa de Córdoba estremecíase con frecuencia por la fuga de los esclavos negros que trabajaban en las haciendas azucareras, a los cuales se unían, en ocasiones, los ya libertos habitantes del vecino poblado de San Lorenzo. Varias insurrecciones inquietaron la región, habiendo sido de las más sangrientas las acaecidas en 1735 y en 1749, quizás esta última causa del traslado del padre Valero, ya que algunos eclesiásticos procuraban mediar en la gravedad de tales conflictos. En

ellos correspondió actuar militarmente al capitán de coraceros Miguel Valero y Gragera, tío suyo. Pacificada la comarca a Córdoba se abrieron favorables circunstancias con la real orden que disponía fuera la Villa de Orizaba la sede de las Ferias del Comercio, en sustitución del pueblo de Xalapa y en donde se realizaban dichos eventos desde 1720. Esta medida determinó que el tránsito de las mercancías traídas por la Armada se hiciera por Córdoba, lo que supuso para ella marcado desarrollo de su comercio y población. Aunque pocas Ferias tuvieron lugar en Orizaba —reclamado el trámite por los vecinos de Xalapa a cuya sede tradicional volvieron— Córdoba, sin embargo, no decayó, auxiliada por el estanco del tabaco que ahí se fijó, por cierto manejado durante algún tiempo por don Miguel Valero y Olea, familiar del historiador y quien redactó el importante manuscrito inédito titulado "Historia del tabaco, su descubrimiento, usos y propagación: progresos de su Renta y Estanco en la Nueva España, y utilidades que ha rendido a la Corona desde su establecimiento hasta el año de 1792," a cuya obra añadió las "Ordenanzas para la Fábrica de puros y cigarros de México." (14)

Por la relación que de Córdoba nos ha dejado don José Antonio Villaseñor, (15) sabemos que por estos años la Villa se componía de doscientas sesenta familias de españoles, y que contaba ya con treinta

(14) Beristáin de Souza José Mariano.—Biblioteca Hispano Americana Septentrional.—Ediciones Fuente Cultural, volumen quinto, pág. 85.
(15) Theatro Americano, Libro Segundo, capítulo IV, págs. 264 y siguientes.

y tres trapiches cuyos dueños costearon la construcción del Convento de San Hipólito, especialmente destinado al auxilio de negros enfermos. El propio Rodríguez y Valero puntualiza en su obra que la población era de ocho mil personas, entre ellas treinta y seis eclesiásticos, de los cuales sólo uno no era nativo del lugar, circunstancia ésta que identifica el ya fuerte sentimiento localista de los cordobeses, al que, seguramente, no escapaba su párroco, según se desprende del antiguo arraigo familiar que debe haber creado entre sus miembros profundas tradiciones y particular apego por la Villa. Todo esto, además, se corrobora en diversos pasajes de su obra, pero sobre todo en el párrafo final en donde le dice "estimada Patria mía," dirigiéndose en concreto al suelo natal, deseoso de que su narración histórica sea "fiel testigo de los tiempos, maestras de tu prosperidad y nuncia de tus antiguas verdades."

El Doctor en Teología don José Antonio Rodríguez y Valero, como cura párroco, juez eclesiástico y vicario foráneo de la Villa, fue, en su tiempo, la primera autoridad religiosa de la jurisdicción, cosa que, debido a la preeminencia eclesiástica de la época, concentraba en su persona buena suma de poder, transformándole en el hombre moralmente más influyente de la comarca. Y con tal acerbo de posibilidades alcanzó a realizar importante obra de carácter social.

En efecto, su misión como sacerdote se desenvolvió lo mismo en la elocuencia del orador que en la

prudencia del consejero o del confesor. Un espíritu recto y un natural bondadoso y comprensivo orientaba su conducta, iluminado por profundas y arraigadas convicciones religiosas. Ligado a la Parroquia de Córdoba en la madurez de su vida, nutrido ya de experiencia y conocedor de los hombres, contaba además con la extensa información cultural que ensancha las perspectivas y ahonda la visión del escenario y del momento en que se vive. Tal vez nadie, entonces, ahí le rebasaba en formación intelectual. En Córdoba habían nacido varones de la calidad del poeta e historiador José Agustín Castro y del escritor Antonio Corro, ambos jesuitas y sus contemporáneos, pero que ya no radicaban en ella. Por tanto, su palabra y actitud cerníanse en el ambiente como la orientación fundamental, respaldado por el respeto de una población que veía en él al padre de los desvalidos. Los indígenas constituyeron siempre el móvil de sus mayores afanes. Dinámico y justiciero, cabalgando con frecuencia por los bellos campos de la región, hasta ellos se llegaba visitándoles en las muchas haciendas y ranchos en donde intensa jornada de trabajo postraba su ánimo. Y ahí atendía a sus quejas e intervenía en sus conflictos aliviándoles de abusos y exacciones. De sus obras se desprende el conocimiento que tenía de la comarca y de sus problemas, especialmente en lo que se refería a las plantaciones de caña de azúcar y de tabaco. Ahí quedan como elocuentes testimonios de ello las "Varias Cartas al señor Obispo de la Puebla y al Administrador General de Real Hacien-

da. D. Pedro Cosío, sobre las siembras, cosecha y renta del tabaco de la Villa de Córdoba," escritas en defensa de los jornaleros de tales industrias, sugiriendo medidas adecuadas que identifican su celo y conocimientos.

El padre Rodríguez y Valero había encontrado, en éste su medio tradicional y familiar, el cauce mejor a sus aspiraciones y la situación más propicia para realizarlas. Readaptado al solar nativo y estimulado por una larga ausencia, pronto se reincorporó al entrañable ambiente de su infancia. Paisajes y sitios, costumbres y personas, tradiciones y acontecimientos penetraron hondamente en su alma. Todo despertaba su curiosidad y se desenvolvía en entusiasmo revelador. Gentes y cosas herían la bien dispuesta sensibilidad del intelectual y del religioso. Profunda emoción embargaba su ánimo arrastrándole a la muda y absorta contemplación, al sosegado meditar o al batallar de la acción. Vivencias y procesos tales coordinábanse lenta y gradualmente integrando en su espíritu una fiel imagen del escenario, cada vez más pujante hasta convertirse en exigencia de expresión, en necesidad de representarla. Y fue naciendo, así, el afán de fijar las huellas que deja el paso del tiempo, la necesidad de rescatar los episodios del pasado, de recoger y ordenar las circunstancias formativas de la comunidad. Cerca de sus manos el archivo parroquial ofrecíale la indispensable fuente de información ancestral. Ahí se acumulaban los datos históricos de la población, apenas algo más que centenaria, en las partidas que

reflejan el oleaje de las generaciones. Propósitos y obras, medidas y disposiciones pasaban ante sus ojos al hojear los viejos manuscritos parroquiales, testimonios del lento desenvolvimiento comunal, explicado y vertebrado en la información oral de amigos y parientes.

La idea comenzó a fraguar en su intelecto. La Historia de la Villa secular se imponía como otra de tantas obras reclamadas por el arraigo y cariño de sus moradores. Pero escrúpulos de modestia y quizás raíces de índole religiosa le impedían la definitiva decisión. Intentar la historiografía lugareña cuando nadie aún se ha atrevido con ella promueve titubeos, despierta desconfianza ante la dificultad, sobre todo, de su planteamiento y ordenación. Entre concebir y realizar media una distancia que no siempre se salva. Pero el pretexto llegó al conocerse la obra "Theatro Americano. Descripción General de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus Jurisdicciones," escrita por don José Antonio de Villaseñor y Sánchez, distinguido matemático e historiador que realizó, por vez primera, la suma descriptiva y bajo todos sus aspectos del Virreinato. El capítulo IV del Libro Segundo está dedicado a la Villa de Córdoba y a sus pueblos. Pero a los cordobeses no parecieron del todo exactos algunos de los datos ahí consignados. Y ante ello, el Ayuntamiento resolvió que debería escribirse la historia de la población, por alguno de sus habitantes. Convencido ya, Rodríguez y Valero recogió el guante y puso manos a la obra. Así lo declara él en

las páginas preliminares de su libro, cuando asienta que fue tal agravio —sólo por falta de información en el autor mencionado—, lo que le movió a escribir su historia. Y así se transformó en el iniciador de la historiografía veracruzana, género ya cultivado con anterioridad en la Provincia, pero sin que llegaran a publicarse entonces los manuscritos correspondientes.

La obra apareció en 1759 y a su examen se dedica el capítulo siguiente. Sin embargo, conveniente es consignar que por esta misma época otro ilustre cordobés emprendió también tarea semejante. El padre jesuita José Agustín de Castro —a su vez descendiente, por línea materna, de otro de los "Treinta Caballeros," don Alonso Arévalo Galván, de los fundadores de la Villa—, escribió en latín y en castellano la Historia de Córdoba, probablemente durante su estancia en el Puerto de Veracruz, para alcanzar el cual, procedente de México, tal vez se haya detenido en el suelo nativo y en momentos en que ya se ventilaba este propósito. Pero su obra, hasta la fecha, no ha sido localizada, seguramente perdido el manuscrito con motivo de la expulsión que padecieron los jesuitas en 1767.

Rodríguez y Valero dejó constancia de sus calidades retóricas en la obra publicada en Puebla, en 1765, bajo el título "Oración evangélica del sacro triunfo de Jerusalén pronunciada en la solemnidad del Domingo de Ramos." (16) E incluidas en el mismo volumen de su "Cartilla Histórica y Sagrada Descripción de la Villa de Córdoba," publicó otras varias obras de carácter religioso, de las cuales se hará referencia más adelante.

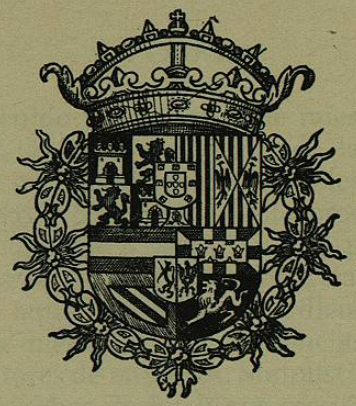
(16) José Mariano Beristáin y Souza.—Obra citada, página 85.

En el pequeño y pintoresco pueblo indígena de Amatlán de los reyes —que significa etimológicamente junto a los Amates—, próximo a la Villa y rico por sus plantaciones, el sacerdote historiador creó un curato para facilitar, a los llamados naturales, los servicios religiosos. Y todavía como cifra de su cariño al solar nativo compuso la leyenda en latín que ilustra el escudo de Córdoba, y que traducida al castellano evidencia la importancia que a su fundación concedió la corona española: "Porque el Rey deseó su Honra: el nobilísimo Blasón de la Villa de Córdoba son las armas del Rey."

El padre Valero falleció el 31 de diciembre de 1788. Y si tomamos en cuenta que desempeñó el cargo de párroco de Córdoba durante treinta y siete años, y que a su tierra natal regresó después de haber servido en otras partes diversos cargos sacerdotales, su muerte sobrevendría cuando ya pasaba de los sesenta de edad.

Sus restos fueron sepultados en la Parroquia embellecida por él y a la que sirviera con profunda devoción y amoroso espíritu para con los indígenas. Sin embargo, un cruel olvido impide ahora precisar el lugar en donde descansa, no obstante haber sido declarado Benemérito de Córdoba por uno de sus primeros Ayuntamientos, el 3 de agosto de 1824, en razón a los muchos méritos alcanzados por una vida consagrada al servicio de la población, ya en el cam-

po religioso, en el intelectual, en el social y aún en el material, de los cuales aquí se destaca, sobre todo, el referente a su obra de historiador, que le transforma en el precursor del género historiográfico local en Veracruz.



Escudo que con las propias armas de la monarquía española otorgó el rey a la Villa de Córdoba al ser fundada.